

3 LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE ERIK GUSTAF GEIJER (1783–1847)

¹Del mismo modo que cada uno estudia la historia a su manera y pone en ella, o extrae de ella, su propio punto de vista, cuando se trata de un pensador perspectivista se cree capaz de interpretar lo que dijo, podría o realmente debería haber querido decir. En el caso de Geijer, filósofos, historiadores y teólogos han competido por explicar sus textos.

²Mi razón es diferente. La historia exotérica es un producto de la concepción que el individuo normal tiene de los acontecimientos pasados. Sin embargo, la musa de esa historia no es una testiga veraz, sino una cuentista.

³Pero existe una historia esotérica, reflejada en la memoria planetaria, el archivo imperecedero de la realidad no adulterada en el tiempo pasado. Aunque el mayor historiador sueco, Geijer, no tuviera acceso a ese archivo, su visión profunda de la historia evidencia que en alguna ocasión entró en contacto con el mundo de las ideas platónicas, llamado mundo causal por los esoteristas. En cualquier caso, puede citársele como ejemplo de cómo debe tratarse la historia.

⁴Los intentos que han hecho los exoteristas de escribir una filosofía de la historia muestran que su conocimiento de la realidad y de la vida, condición necesaria para entendimiento correcto de los acontecimientos pasados y ciertamente de la mayoría de las demás cosas, es tan escaso que todo esfuerzo es ficticio.

⁵En lo que sigue, se refieren sólo aquellas ideas de Geijer que al menos muestran un parentesco con la visión de los esoteristas de la historia. Cualquier noción de un pensador que no esté en sintonía con las ideas del mundo causal pertenece a lo perecedero y puede omitirse sin reparos. Pertenecen a aquella carga innecesaria que a los hombres les encanta arrastrar.

⁶Geijer tenía un sentido de la historia muy desarrollado. Claro está, no era su primera encarnación como historiador. Quien puede mirar tan profundamente en la historia, para quien todas las explicaciones en primer lugar son históricas, tiene un sentido innato de la historia como conciencia latente del pasado, ha adquirido la capacidad de transportarse a épocas muy pasadas. También está claro que Geijer había sido un iniciado de la sociedad esotérica de los gnósticos. Hacía tiempo que estaba familiarizado con los símbolos pertenecientes, lo que le hacía especialmente aficionado a recurrir a ideas gnósticas para explicar cosas que pertenecían propiamente a la filosofía. Había alcanzado la etapa de humanidad, lo que se manifiesta en que le resultaba relativamente fácil acceder en su supraconciencia a las ideas del mundo causal. Esto también explica cómo él, guiado por un instinto seguro, pudo encontrar la salida de aquel laberinto de fantasías filosóficas por el que los filósofos de su época, Kant, Fichte, Schelling y Hegel, vagaban sin rumbo y de donde sus sucesores aún no han encontrado la salida.

⁷Nadie puede liberarse por completo de aquellas ficciones con las que se cargó durante los años de su infancia, juventud y formación. La ley de la contradicción absoluta, que se enseña en la lógica formal y que pertenece al pensamiento de inferencia y al pensamiento en base a principios de la mentalidad inferior, dejó su huella en él y a menudo le impidió hacer lo que, siendo un pensador perspectivista, más deseaba: enfatizar puntos de vista mutuamente contradictorios, sin preocuparse de si al hacerlo parecería contradecirse a sí mismo. La ley mencionada le obligaba a excluir las ideas que se contradecían entre sí. Se nota cierta vacilación en su elección entre ideas diferentes. Veía lo justificado en todas ellas, pero no podía hacerles justicia a todas. Sin embargo, hacía tales exclusiones sólo cuando sopesaba cautelosamente en su mente ideas que, a primera vista, se invalidaban mutuamente. En momentos de inspiración durante sus conferencias, podía, impertérrito, contradecirse. Y el público cedía, cautivado y conmovido por el poder de las propias ideas.

⁸Sólo una investigación objetiva en los mundos emocional y mental puede establecer hasta qué punto Geijer tuvo que tener en cuenta los prejuicios y las idiosincrasias de su época. En sus conferencias y discursos desafiaba y cuestionaba la intolerancia. Su posición sólida entre los

jóvenes de la universidad le protegió de las intrigas insidiosas e hizo que sus calumniadores se escondieran en la oscuridad. Sólo una vez el odio, apoyándose en formalidades legales, se atrevió a mostrar su rostro verdadero. Su declaración sobre la trinidad, imprudente teniendo en cuenta el fanatismo clerical, le trajo un auto de procesamiento por blasfemia que amenazaba con el exilio. Sin embargo, consiguió, gracias a su dialéctica brillante, liberarse de la acusación y ser absuelto por el jurado. Pero el procesamiento contra él, una de las personalidades más nobles de Suecia, no será olvidado, sino que permanecerá en la memoria como una prueba más del poder de la envidia sobre las mentes mezquinas y de la persecución de las grandes almas que el odio ejerce en todas las épocas.

⁹Los problemas que ocupaban a todos los intelectuales de la época de Geijer incluían el problema del conocimiento y el problema del genio.

¹⁰El ficcionalismo subjetivista surgió con Descartes y Locke. Consiguió hacer de lo directamente dado algo inconcebible. Después de que Kant lo hiciera definitivamente incomprensible, intentaron en vano encontrar una salida al laberinto de sofismas.

¹¹Geijer resolvió los problemas de una vez por todas de modo original. Según su punto de vista, todo conocimiento es revelación y depende de la reciprocidad. Las personalidades se revelan unas a otras. De ese modo se obtiene el conocimiento del hombre. El conocimiento de lo invisible lo recibimos al revelársenos dios.

¹²Uno de sus biógrafos dice que Geijer no afirmó en qué sentido su teoría de la revelación podía ser cierta en la relación del hombre con el mundo de los objetos materiales. Sin embargo, esa afirmación se debe a un descuido.

¹³Según Geijer, todo, incluso los objetos materiales, tiene conciencia y son personalidades. Y las personalidades nos hablan revelaciones, si nos preocupamos por escucharlas.

¹⁴El esoterista coincide con Leibniz en que todo está formado por mónadas. En contra de los filósofos suecos de la personalidad, afirma que sólo aquellas mónadas que han alcanzado el reino del hombre poseen autoconciencia y, por tanto, pueden considerarse “personalidades”.

¹⁵El valor de la historia, según Geijer, es que nos proporciona conocimiento de la vida y de los hombres, nos ayuda a entender y a vivir mejor. De esto se desprende claramente que la historia pertenece a la visión de la vida y no a la visión del mundo. El término “visión del mundo” debería reservarse mejor para la concepción del aspecto materia que nos proporciona la ciencia natural.

¹⁶Geijer ofreció varias explicaciones sobre la tarea y el objetivo de la historia. La historia muestra el esfuerzo del género humano por establecer el estado universal. Desea la realización de la libertad. Es el desarrollo del espíritu hacia conciencia cada vez más rica. Constituye el proceso de reconciliación de la apostasía del hombre con respecto a la unidad.

¹⁷Geijer subrayó con vigor que la historia no puede ser un proceso dialéctico de desarrollo explicado por la sabiduría, al estilo de Hegel, y que un proceso así no puede construirse. Si la historia pudiera construirse, ya no sería historia, pues todo lo que se deja construir es algo del pasado al pensamiento. El hombre tiene una historia porque no puede decir de antemano cómo pensará y actuará. Por lo tanto, es imposible inventar un esquema que el hombre deba seguir en sus acciones. Lo que se llama “moral” es un conjunto de convenciones y costumbres. Una concepción verdadera de lo justo debe basarse en el conocimiento de las leyes de la vida y luego dejar que el individuo encuentre los modos de aplicar esas leyes. La concepción de lo justo adquirida por una nación a través de una experiencia dolorosa es un producto que pertenece a la historia o a la sociología, pero no a la filosofía.

¹⁸La historia nos muestra el camino que recorrió el género humano en el pasado. Nos muestra la experiencia adquirida en las esferas distintas de la vida. Nos muestra las relaciones de las personas entre sí en formaciones de sociedad y de estado, cómo surgen y desaparecen las comunidades y las naciones después de haber cumplido su tarea o cómo perecen por su propia culpa. Nos muestra la génesis de la religión y de la concepción de lo justo, de la ciencia y del arte.

¹⁹La historia nos ofrece la recopilación de hechos sobre el pasado. Para que tengan algún

significado, para que su significado sea comprensible, estos hechos deben clasificarse bajo ideas de realidad que expliquen su significado verdadero. Si no conociéramos las ideas nunca seríamos capaces de insertar la mayoría de los hechos en sus contextos correctos. Las ideas nos llegan a través de la inspiración, la “revelación divina”. Puede decirse que las ideas incluyen todo lo que llega a la conciencia de vigilia a través del supraconsciente. La historia conserva y elabora la experiencia del género humano a través de la cual adquirimos conocimiento de la realidad y de la vida, de los hombres y de nosotros mismos.

²⁰La historia nos muestra cómo vivíamos en el pasado. Vivir la historia nos posibilita reavivar rápidamente nuestro entendimiento latente de lo que aprendimos una vez y orientarnos en la existencia.

²¹Existe la historia exotérica y la historia esotérica. La primera, desgraciadamente, nos ha proporcionado muy pocos hechos y muchas nociones erróneas sobre los hombres durante unos doce mil años. Nos muestra lo que los hombres, con sus recursos limitados, son capaces de descubrir; cómo el género humano se ha elevado en ciertos aspectos por encima de la etapa animal hasta las etapas de barbarie y civilización; cómo unos pocos individuos se han adelantado a la evolución; que ninguna nación ha alcanzado aún la etapa de cultura, aunque se hayan producido esporádicamente ciertos comienzos. No sabe nada de aquellas naciones que vivieron durante millones de años en esos dos vastos continentes, Lemuria y Atlántida, hoy en el fondo del océano.

²²La historia del mundo era para Geijer el escenario que mostraba el desarrollo de la vida desde una base inaccesible a la razón hacia claridad creciente, hacia formas de vida cada vez más elevadas. De ello se desprende lo valioso de los fenómenos históricos. Si no existiera un proceso de desarrollo, la historia carecería de significado.

²³Como introducción sería conveniente eliminar dos nociones erróneas aparentemente inerradicables de las que también fue víctima Geijer.

²⁴Es una interpretación errónea de la idea del panteísmo original, si se toma como la abolición de la diversidad individual, como la destrucción de la individualidad. Esta interpretación errónea del panteísmo niega la inmortalidad del individuo y considera aniquilada la vida en la forma cuando esta se disuelve para volver a una fuente impersonal de vida.

²⁵Es una tergiversación de Platón atribuirle una negación del valor de la vida individual. Platón, que era un iniciado, sabía muy bien que toda vida es a la vez individual y colectiva. Para él, sin embargo, la constancia y la perdurabilidad estaban representadas por la mónada individual, que existe en el mundo de las ideas y encarna desde allí una y otra vez. La encarnación, en cambio, la consideraba como un producto temporal, lo que ciertamente es, aunque se le conceda contribuir al desarrollo. El derecho y el estado, la ciencia, el arte y la religión existen en las ideas del mundo causal, como ideales y como imágenes constantemente transformadas de los fenómenos de la vida física. Esas ideas vivas que consisten en materia y fuerza son significativas para el hombre como ejemplos y fuentes de fuerza. Al enseñar esto, Platón no quería de ninguna manera depreciar el valor de las formaciones de la vida física. Pero el concepto de desarrollo pertenecía a lo esotérico y era, además, inconcebible para sus contemporáneos.

²⁶Por otra parte, las ideas de Geijer sobre el mal en la existencia y sobre la libertad y la necesidad (el “libre albedrío”) concuerdan con las ideas esotéricas correspondientes.

²⁷Toda la vida constituye una unidad. Esta unidad es lo divino en la existencia o dios. Según el punto de vista de Geijer, el mal en el mundo es el resultado de la apostasía del hombre respecto a dios y de su autodeificación. Esta autoglorificación, esta autoafirmación es precisamente el satanismo. Al perseguirla el hombre niega la existencia de un poder superior, destruye aquella reciprocidad que es el aliento de vida para todos, disuelve la comunidad con otros individuos, corta la conexión con la unidad y siembra el odio, la división, contrarresta la unidad. La “salvación” consiste en que el individuo renuncie a su voluntad dirigida contra la unidad y vuelva a la unidad.

²⁸La necesidad es la voluntad de dios y el hombre se vuelve libre en la medida en que su voluntad coincide con la voluntad de dios. Geijer no dudaba en absoluto de que sólo la ley proporciona libertad. Combinar la libertad con la ley, escribe, una libertad que instituya las usanzas verdaderas, es la tarea suprema del género humano que sólo los esfuerzos continuos de todas las épocas podrán llevar a cabo.

²⁹Según el esoterismo, la libertad se realiza mediante la aplicación de la Ley (la suma total de todas las leyes de la naturaleza y las leyes de la vida) sin fricciones. El hombre desarrolla su voluntad, obtiene el “libre albedrío”, identificándose con ideales cada vez más elevados y emancipándose de la identificación con ideales inferiores. Alcanzamos la meta sólo cumpliendo la ley. Fracasamos, somos aplastados, si desafiamos la ley.

³⁰La enseñanza de Geijer sobre la conciencia de lo justo también es esotérica. La conciencia de lo justo (de con-scientia, “conocimiento compartido”) es el conocimiento compartido de los mismos conceptos de lo justo. Eso es muy diferente de la definición de conciencia utilizada en el ficcionalismo teológico.

³¹Geijer sufría a veces de un sentimiento “innato” de culpa. Su familiaridad latente con el simbolismo gnóstico, mal orientada por las ficciones exotéricas del pecado y la expiación inoculadas en su infancia, lo hicieron malinterpretar su depresión. Sin embargo, se dio cuenta de que la concepción ortodoxa es absurda. Dentro de los límites de la libertad de expresión en materia religiosa concedida en la época, intenta dar una explicación racional a la leyenda judía de la caída y la salvación. El hombre se ha alejado de dios. La expiación consiste en la decisión del hombre, como la del hijo descarriado, de levantarse y volver a la casa de su padre. Geijer se opone enérgicamente a la superstición de que el hijo de dios fuera el expiador en un sentido externo, como sacrificio. Escribe: “Como persona única, el hijo es un hecho evanescente”. La expiación consiste en que “Christos” (el término gnóstico para la unidad) nazca y surja en cada hombre individual.

³²Geijer consideraba una “idea vil” que la segunda persona de la deidad se hubiera sacrificado a sí misma para expiar y satisfacer la justicia punitiva de la primera persona. Mantuvo las ideas, obvias para un sentido no confuso de lo justo, de que dios no puede excluir a nadie y de que el individuo es su propio castigador y vengador.

³³Según Geijer, las tres personas de la divinidad son una sutileza metafísica innecesaria, un politeísmo ajeno al cristianismo. Para él, la trinidad pertenecía a la revelación de dios en el tiempo, no al ser eterno.

³⁴Según el esoterismo, la necesidad metafísica innata y el sentimiento de culpa son dos pruebas más entre las innumerables de la “preexistencia del alma”. Los depósitos del subconsciente conservan hechos sobre fechorías cometidas en vidas pasadas. El supraconsciente ve lo que aún no se ha reparado y queda por saldar.

³⁵Tradición y renovación son, según Geijer, igual de importantes. La tradición muere si se convierte en mera tradición. Para que se convierta en vida debe entrar como factor renovador en la vida real.

³⁶El pasado vive en el presente, es un poder en el presente. Esto confiere a la historia un mayor significado para el entendimiento del presente, que contiene tanto el pasado como el futuro.

³⁷La relación del pasado con el presente determina el carácter de las épocas. Hay crecimiento si las fuerzas nuevas se imponen a las fuerzas resistentes del pasado. Se obtiene estabilidad si su unión ha llegado al equilibrio. Se produce decadencia si prevalece la resistencia contra las fuerzas nuevas. Lo que parece merece perecer. La destrucción acontece sólo a lo que es de lo inferior.

³⁸La nación vive, no sólo en el presente, sino también en y por sus recuerdos. La tradición es la conciencia ininterrumpida del pueblo de sí mismo como nación, ha hecho en todas las épocas de la nación una unidad, una personalidad.

³⁹Cada momento de la vida de una nación incluye todo su pasado, más aún, la vida pasada

del género humano. Llevamos la historia de muchos miles de años dentro de nosotros, y cada época ha hecho su contribución a la riqueza de nuestra educación. Nuestro estudio de la historia no es la asimilación de cosas que nos son ajenas y que están fuera de nosotros. Es el desarrollo hasta la plena claridad, desde nuestro interior, de aquello que vive en nuestro inconsciente, tal vez sin que reflexionemos sobre ello. Es aprender a entendernos a nosotros mismos.

⁴⁰Quien puede estudiar las vidas pasadas ve que participamos en la formación de aquellas condiciones en las que estamos sufriendo. Renacemos para cosechar lo que hemos sembrado. El pasado nos une con lazos firmes al presente.

⁴¹Según Geijer, el desarrollo, que comprende la vida física, la vida histórica y la vida suprafísica, consiste en que las relaciones personales cada vez se multiplican y profundizan más. Las personalidades se desarrollan al entrar en contacto unas con otras. Un hombre está conectado, y debería estarlo, con otros hombres y con dios. Dios se experimenta en la historia del mismo modo que los hombres, mediante los dos procesos concurrentes que proporcionan conocimiento: se encuentra con el hombre a través de las revelaciones y el hombre se abre a él. Las personalidades pueden desarrollarse sólo tocándose. Es cierto que cada uno tiene a todo el género humano dentro de sí como disposiciones, pero estas disposiciones pueden desarrollarse sólo a medida que el individuo se encuentra con otras personas, tanto si ve realizadas en ellas tales disposiciones como si lo incitan a realizar las suyas propias, individuales y características. Es como si en cada conexión exterior con seres racionales se tocaran y reconocieran inmediatamente a través de una misma acción doble, recíproca y, sin embargo, simultánea. Este despertar y encender recíprocos de pensamiento y pensamiento, de voluntad y voluntad, es la maravilla única, eterna, manifiesta de toda nuestra vida, que llena cada momento sin hacerse por ello menos maravillosa.

⁴²El pasado vive en el presente, pero también el presente influye en nuestra concepción del pasado, y esto tan intensamente que la fuerza y la acción del pasado sobre el presente vuelven a cambiar por él. El pasado irradia su potencia en el presente; de hecho, lleva una vida imperecedera en la conciencia del género humano.

⁴³El hombre percedero, el hijo del ayer, lee solo esta escritura adornada con estrellas del pasado. Son los pensamientos de los muertos. Sin embargo, esos pensamientos nos agitan, nos conmueven, nos asombran y nos fascinan, como si hubiera en ellos un espíritu animador; y el espíritu está ahí, puesto que se percibe y se entiende. Del mismo modo, el espíritu inmanente en la vida terrenal puede manifestar tales efectos por su mero ser y su existencia sin que, ni mucho menos, sea consciente de todos estos efectos suyos. Los muertos también viven. Y quien medita mucho sobre los pensamientos de los muertos es el que menos puede dudar de esto. Los muertos viven en un doble sentido: en sus vidas históricas y como seres que viven en mundos superiores.

⁴⁴Geijer es el fundador de la filosofía sueca de la personalidad. Es una de las muchas pruebas de su conocimiento esotérico latente y de su familiaridad con las ideas causales pertenecientes. Desgraciadamente, a esta filosofía se le dió posteriormente una formulación menos acertada por parte de Boström.

⁴⁵Según Leibniz, la existencia está formada por mónadas en niveles diferentes de desarrollo. Geijer prefería el término “personalidad” y le atribuía otras cualidades. La personalidad era un ser racional inmortal que tenía individualidad autoconsciente y autodeterminada y – ¡colectividad! Este es el panteísmo correcto: ¡colectividad con individualidad imperdible!

⁴⁶La especulación filosófica a menudo “resolvía” los problemas confundiendo los. Al oponer “naturaleza y espíritu”, los filósofos habían mezclado ideas diferentes: materia y conciencia, etapas inferiores y superiores de desarrollo.

⁴⁷Geijer poseía en su instinto innato aquel hilo de Ariadna que le guió fuera del laberinto de las nociones falsas filosóficas. Se dio cuenta claramente de que no existe oposición entre espíritu y materia, que la naturaleza es espíritu y el espíritu es naturaleza. Si por “naturaleza”

se entiende lo inferior y por “espíritu” lo superior, el desarrollo (educación, formación, cultura) conlleva la elevación de lo inferior oscuro y sin conciencia hasta la clara conciencia de lo superior y, por tanto, al dominio de la libertad de modo que pueda ser controlado.

⁴⁸Geijer consideraba no sólo al individuo sino también a un grupo de individuos como personalidad. Según su punto de vista, el colectivo es original. Es la expresión de la unidad. Constituye el vínculo natural entre los hombres. Se manifiesta en conceptos comunes de lo justo, en la interacción entre ideas comunes y en el sentido vivo de comunidad y solidaridad.

⁴⁹La individualidad adquiere independencia sólo en conexión con la totalidad. El hombre se siente parte de un todo en la medida en que se conoce a sí mismo. El espíritu colectivo es el ser común a todos tal como se manifiesta en el sentido nacional y la solidaridad nacional. Este sentido de comunidad es tan fuerte que incluso si los individuos separaran sus intereses, lo que llevaría a la ruina de la nación, aun así la idea de comunidad sobreviviría. Este sentido de comunidad tiende a abolir todo lo individual. Une las inclinaciones y las costumbres para formar aquel todo recíproco que caracteriza a cierta sociedad. Hace que los hombres dependan cada vez más unos de otros. Los hace compartir más lo común, la cultura, que implica el desarrollo de las capacidades de todos. Aunque estos se esfuercen en direcciones diferentes y parezcan capaces de contrarrestar lo común, se muestra que la comunidad subyacente es más fuerte y esto en la medida en que la falta de consideración individual se hace manifiesta.

⁵⁰Si la libertad no fuera unidad, los individuos nunca renunciarían a su libertad natural para depender unos de otros. En la medida en que los individuos intentan romper esta unidad, como ocurre a veces en las revoluciones en detrimento de los propios individuos, su poder se hace tanto más evidente. Cuanto más intentan aislarse los individuos, más profundamente sienten toda la miseria de aquella necesidad que, incluso en medio del odio mutuo, obliga a los hombres a desarrollar una dependencia mutua cada vez más fuerte. Es la maldición natural secretamente inherente a la sociedad que es indeleble para el hombre abandonado a sí mismo y que como la voz de una desesperación vaga atraviesa las épocas en la queja general más o menos ruidosa: que en los estados las cargas aumentan con el trabajo, la necesidad con la riqueza, el crimen con la instrucción, como en un frenesí hostil constante sin paz, pausa, descanso.

⁵¹En todos los contextos y situaciones imaginables, Geijer se afanaba en subrayar que todos somos en algún aspecto dependientes unos de otros, que necesitamos la ayuda de los demás, que siempre hay algo que cierto hombre puede hacer mejor que los demás. Geijer subrayó que la interdependencia humana se manifiesta cada vez más a medida que la sociedad se diferencia. El avance de la cultura conlleva el aumento del respeto por la personalidad. Cada uno aprende a ver a los demás como personalidades independientes y a tratarlos como tales. Toda la vida es un toma y daca mutuo. Y precisamente este es “el único milagro eterno manifiesto de la existencia”.

⁵²La vida es una condición inevitable de reciprocidad. La bondad se manifiesta en que quienes pueden hacerlo ayudan a los necesitados. El mal es la abolición de la reciprocidad. La historia nos muestra el crecimiento continuo, la relación cada vez más compleja que obliga a los hombres a acercarse cada vez más unos a otros. La interdependencia se manifiesta en que no sólo actuamos los unos por los otros, sino que también sufrimos los unos por los otros. Que el hombre niegue la reciprocidad y la interdependencia. Puede transformar sus efectos en felices o infelices. Pero es incapaz de alterar la ley de la unidad. La ley se hace sentir cada vez más indisolublemente, en la discordia si no en la concordia, en el odio si no en el amor, en el mal si no en el bien. Es la fuente de la miseria y de la felicidad, la maldición o la bendición de la civilización. Si todos estuvieran impregnados en un mismo momento de este sentimiento sublime de la inevitabilidad de la unidad que une todo lo humano, los hombres se volverían y se reconocerían como hermanos.

⁵³Incluso los colectivos poseen personalidad, un hecho que pueden captar sólo quienes fueron iniciados en el esoterismo y quienes, por consiguiente, tienen conocimiento latente de ese hecho.

⁵⁴La conciencia colectiva o conciencia de grupo genera, para todos los miembros del grupo, una conciencia común que puede ser perceptible en la conciencia de vigilia de un miembro individual o aún pertenecer a su supraconsciente. Pertenecerá a conciencia de vigilia de ese individuo sólo cuando él pueda acceder a ese supraconsciente.

⁵⁵La conciencia de grupo es un paso en el camino hacia el mundo de la unidad. En ese mundo, cada uno tiene acceso a la conciencia de todos los demás individuos además de tener su propia conciencia individual. De ahí el dicho esotérico: nada hay encubierto, que no haya de descubrirse. El camino hacia el mundo esencial (mundo 46) pasa por la ampliación constante de la conciencia colectiva. Cada vez más otros seres son abarcados en la propia conciencia del individuo. El individuo experimenta que todos forman una unidad, que no hay soledad. Todos estamos unidos en la unidad, lo sepamos o no. El camino hacia ella puede ser corto o largo.

⁵⁶Aquel individuo que ha contactado una vez con el mundo esencial no siempre es capaz de mantenerse en él, lo cual es un hecho que constituye una fuente de asombro interminable y de trabajo ilimitado de conjetura. Cuando está en conciencia física de vigilia, la mónada está en el mundo físico y no en el mundo esencial. Permanecerá imperfecta en el mundo físico hasta que haya adquirido las cualidades esenciales.

⁵⁷En cuanto surge un colectivo, un grupo de conciencias individuales, se encarga de él un ser evolutivo de mundos superiores, ya que todos los colectivos son caminos hacia la unidad. Todos los mundos superiores están llenos de seres que se han hecho uno con la unidad y con la ley del servicio. Ese ser, que trata de salvaguardar la permanencia del colectivo, es la “personalidad” del colectivo también en el respecto individual. Reúne las expresiones de conciencia de los individuos en cuanto a lo común en una “forma de pensamiento” vitalizadora e inspiradora, que hace que el individuo abandone al menos parte de su egocentrismo y exclusividad en el trabajo altruista en las tareas comunes. Quienes han alcanzado la etapa de humanidad persiguen tenazmente las intenciones del ser colectivo.

⁵⁸Existen muchas clases de “personalidades” colectivas. Por mencionar sólo las sociales: familia (nuclear y extensa), clan, clase, nación, raza, género humano.

⁵⁹Geijer dividió la vida del género humano en tres fases de desarrollo: infancia, juventud y madurez. Cada fase sucesiva es más elevada en su concepción de lo justo que su predecesora.

⁶⁰Esto lleva a Geijer a problemas que no pueden resolverse sin hechos esotéricos. El desarrollo de la conciencia no admite ser constatado en la historia exotérica. Lleva períodos de tiempo demasiado largos. Se interrumpe constantemente. Los clanes y las clases encarnados se hallan en etapas diferentes de desarrollo. El único hecho que puede establecerse exotéricamente es que existen y existirán siempre sociedades compuestas por individuos que se hallan en niveles muy diferentes.

⁶¹El hombre no es en absoluto un fenómeno tan tardío en el curso de los acontecimientos pasados como pensaba Geijer. Nuestro globo ha sido testigo de culturas de las que el individuo normal es incapaz de saber nada. Aquí “cultura” no designa un fenómeno tan esporádico como la cultura griega. Era la obra de un clan que había alcanzado la etapa de cultura y superior a esta. Cuando sus miembros no consideraron que mereciera la pena seguir encarnándose, esa cultura desapareció.

⁶²Como filósofo social, Geijer mostró poseer el sentido común del humanista también en sus teorías políticas.

⁶³El género humano se esfuerza instintivamente por realizar el estado universal. Geijer subrayó con toda claridad la idea, evidente para el esoterista, de que la unidad nunca puede alcanzarse mediante la violencia o el engaño, los medios forzados o la supresión de la libertad. Todo lo que está en contra de las leyes de libertad y unidad está destinado a desmoronarse.

⁶⁴Muchos ven el estado como una institución para la protección contra los enemigos externos e internos, una institución que suprime el estado de naturaleza en el que había una guerra de todos contra todos. Tal visión siempre conlleva una oposición entre el estado y el individuo.

⁶⁵La filosofía de la personalidad consideraba a los estados, las naciones y las comunidades como personalidades dependientes de los demás y a su servicio. Esto conllevaba un sentido social de comunidad, solidaridad y responsabilidad. La fuerza de la nación dependía del conocimiento, la comprensión y la capacidad del individuo.

⁶⁶Según el esoterismo, la tarea del estado es posibilitar a la colectividad alcanzar la cultura y al individuo alcanzar niveles superiores de desarrollo, para que los individuos que se encuentran en la etapa de cultura puedan encarnarse y servir al género humano y a la nación con eficacia. La nación cumple su tarea histórica contribuyendo a la activación integral de la conciencia a su manera única. Lo hace de la mejor manera cooperando con otras naciones, por lo tanto no buscando el aislamiento y obstruyendo el intercambio.

⁶⁷Geijer tenía una idea clara de que las grandes figuras de la historia son aquellas personalidades que consciente o inconscientemente se convierten en herramientas al servicio de la evolución. La contribución del individuo a la vida o a la historia se engrandece en la medida en que fomenta el progreso, ayuda a vivir a los hombres, descubre ideas y transmite conocimiento que facilita la autorrealización del hombre.

⁶⁸Geijer tiene unas palabras serias que decir también a quienes en nuestros tiempos idolatran la megalomanía nietzscheana con su autoafirmación y autoimportancia ridículas. Es un necio que quiere dejar su huella en el desarrollo. La posteridad borra con bastante rapidez todo rastro de un autor, dejando sólo lo que cada uno debe asimilar tarde o temprano, lo que existe en los mundos superiores. Las ideas siempre han existido. Nunca podremos saber quién fue el primer privilegiado en hacer descender cierta idea del mundo de las ideas.

⁶⁹Geijer se equivocaba cuando pensaba que la ciudadanía en el reino de dios fuera lo mismo que la democracia. Las dos ideas no tienen nada en común. La democracia predica la igualdad de todos con respecto al desarrollo, lo que es un grave error. Los individuos humanos se encuentran en muchos cientos de niveles diferentes de desarrollo. En cambio, es correcto que todos son personalidades que tienen derechos inviolables como individuos y ciudadanos. Todos tienen la misma dignidad humana, igualdad ante la ley, derecho a la libre competencia, derecho a ser evaluados únicamente según sus capacidades. El reino de dios es el reino del superhombre, y en él no entra nadie que no pueda entrar en la unidad. Ciertamente ese reino está dentro del hombre, ya que todo lo superior penetra en todo lo inferior. De otro modo, nadie en el mundo físico podría entrar en contacto con mundos superiores. Para el individuo, sin embargo, no hay reino de dios en realidad hasta que no haya logrado el contacto con esto superior dentro de sí mismo, en su propia conciencia.

⁷⁰La visión histórica, según Geijer, incluye el entendimiento del contexto y de la continuidad en la historia y la importancia de las influencias recíprocas. Sin estos dos principios, la historia no es una ciencia. El mero conocimiento de los cambios sin el entendimiento del contexto y de la continuidad no aporta ningún conocimiento.

⁷¹En lo que respecta al estado, la historia examina la continuidad del desarrollo interno del estado, la interacción entre el estado y el individuo y las relaciones entre los estados.

⁷²En la disputa entre los partidarios de la teoría del derecho natural y los de la tradición, Geijer adoptó una posición mediadora. En su opinión, ambas teorías de la sociedad tienen justificación.

⁷³Los defensores del derecho natural, la primera teoría que surgió, consideraban que el estado se forma mediante un acuerdo voluntario entre los individuos y que el derecho es producto de la voluntad arbitraria de los legisladores.

⁷⁴Los partidarios de la segunda teoría pensaban que los partidarios del derecho natural tienen un escaso sentido de la historia que, según ellos, es la capacidad de percibir lo característico de cada época histórica. Opinaban que tanto el estado como el derecho son formaciones lentas, son productos históricos, que los hombres siempre han vivido en una sociedad de alguna clase por primitiva que sea. El derecho ha surgido como derecho consuetudinario a través de

costumbres tradicionales expresivas de fuerzas que actúan en tranquilidad y no a través de decretos emitidos arbitrariamente por los legisladores. El individuo nace en una comunidad con sus leyes sin que se le pregunte si las aprueba o no.

⁷⁵Los defensores de la tradición o del feudalismo eran especialmente aficionados a comparar la sociedad con un organismo. Es una analogía que engaña más de lo que elucida. Sin embargo, esa concepción fantasiosa se consideró un éxito tan grande que las cosas se compararon cada vez más con organismos: la sociedad, el estado, las leyes, la ciencia, las obras de arte, etc. Fichte, que tenía manía de absolutizar, no se contentó con comparar la sociedad a un organismo. Para él, la sociedad era un organismo. Mediante eslóganes pretendía causar una gran impresión en la facultad crítica, paralizarla, crear tabúes cuya corrección no debía cuestionarse. Utilizaba “organismo” como palabra de moda para hacer maldades de toda clase. A lo que quería promover lo llamaba “orgánico”, a lo que se oponía lo llamaba “inorgánico”.

⁷⁶La disputa sobre las dos teorías sociales se había concentrado en el problema principal, el del contrato social. Según una teoría, el estado debería fundarse en un contrato entre iguales. La otra teoría considera que la familia y las relaciones naturales derivadas de ella son el origen de la sociedad.

⁷⁷Geijer sostenía que la formación práctica y la importancia en la historia de las teorías sociales indican cuáles de sus elementos son correctos y cuáles incorrectos, perecederos y perdurables, y que los puntos de vista opuestos pueden derivarse de la estructura de lo eternamente justo.

⁷⁸Sus propias investigaciones le indicaron que el derecho natural y el derecho de familia están igualmente justificados y que ambos se encuentran en la formación de las sociedades. Distinguió dos principios: el democrático y el feudal. En el principio democrático, encontró que la ley y el poder se originan en el pueblo por encargo del pueblo, que la sociedad es una asociación de iguales formada sobre la base de un contrato explícito. En el principio feudal, encontró que la ley y el poder se originan en el jefe de la sociedad como una donación o un feudo.

⁷⁹Geijer criticó los excesos de la revolución francesa, que se debieron a una aplicación unilateral de la teoría de la soberanía del pueblo, así como la visión mecanicista de Locke, según la cual el estado es una institución de mera coacción y seguridad externas. En su calidad de oficina de seguros, el estado no puede exigir que el pueblo sacrificara su propiedad, ni su vida, porque la propiedad y la vida son precisamente aquellas cosas que el estado debe proteger.

⁸⁰El espíritu público es para Geijer un impulso innato en el hombre. Lo que mantiene unido a un estado es una concepción viva de lo justo determinada por el sentido del bienestar de todos y la voluntad de unidad. Quien pasa por alto la conexión entre la concepción de lo justo y la religión, entre lo justo y la política, no ve lo que hay de indisoluble en las relaciones vivas de estos dos. El espíritu comunitario hace de la comunidad la unidad que es. Si se considera a la comunidad como una mera asociación externa de voluntades en conflicto mutuo, se disuelve esa voluntad de unidad que es el requisito esencial de la permanencia de la comunidad. Tal nación merece perecer y perecerá.

⁸¹Lo anterior es un esbozo de la visión ideal de la historia de Geijer. Es de esperar que pronto se escriba una historia semejante.

El texto anterior constituye el ensayo *La filosofía de la historia de Erik Gustaf Geijer* de Henry T. Laurency. El ensayo es la tercera sección del libro *Conocimiento de la vida* Cinco de Henry T. Laurency. Copyright © 2023 por la Fundación Editorial Henry T. Laurency (www.laurency.com). Todos los derechos reservados.

Últimas correcciones: 7 de agosto de 2023.